

GEORGIUS MARCGRAVIUS — DE CHILENSIBUS (*)

Traducción del latín por

CARLOS HENCKEL CH.

Académico correspondiente de la Academia Chilena de Ciencias Naturales.

En su *Historia rerum naturalium Brasiliae* Georgius Marcgravius (1610-1644) (1) da una descripción interesantísima de las costumbres de los indígenas chilenos en una época de la que contamos sólo con pocos datos. Por eso estimé conveniente traducir el relato de Marcgravius, que se basa principalmente en los datos proporcionados por los marinos que tomaron parte en la expedición de la Compañía holandesa indo-occidental bajo el mando de Enrique Brouwer a Chiloé y Valdivia en los años 1642 y 1643.

El relato de Marcgravius (p. 283-292) comprende seis capítulos, de los que el primero hasta el cuarto tratan de las costumbres de los indígenas, mientras el quinto da algunos vocablos de su idioma y el sexto representa un extracto de la *Histórica Relación del Reyno de Chile* del P. Alonso Ovalle, acerca de algunos aspectos de la meteorología e historia natural de Chile. En vista de su mayor importancia sólo se publican en esta oportunidad los cuatro primeros capítulos.

Cap. I

Acerca de la estatura, figura y vestidos de los indígenas chilenos.

Los indígenas chilenos son generalmente de cuerpo bastante robusto y fornido; de color entre blanco y moreno; de

(*) Leído en la sesión del 29 de abril de 1951 de la Academia Chilena de Ciencias Naturales.

(1) Georgi Marcgravi de Liebstad *Historia rerum naturalium Brasiliae libri octo*. Lungduni Batavorum et Amstelodami 1648.

cabellos negros y gruesos; los que sirven a los españoles los llevan largos y tendidos, pero los que todavía tienen gobierno propio y están en guerra con los españoles que vulgarmente se llaman ucais, los cortan para que, como cuentan, no sean aprehendidos de ellos por sus enemigos, de modo que, por esta seña se distinguen de los indígenas chilenos sometidos.

Son casi siempre de cabeza un poco grande y de cara larga, imberbes, pues la arrancan con dos conchas estrechamente conexas y firmemente ligadas por una parte que llevan consigo colgadas al cuello; efectivamente arrancan todos los pelos, no sólo de la barba y de las mejillas, sino también de las partes pudendas, varones como mujeres y primero los friegan con cenizas calientes para arrancarlos así con mayor facilidad y por la raíz.

Andan de cabeza desnuda y atan los cabellos solamente con una cinta que llaman en su idioma tariwelonco; y los principales la llevan más cuidadosa y preciosa, como entretrejida con algunas láminas argénteas, fragmentos de gema, turcoides y algunas otras mondaduras, las que ellos, sin embargo, estiman mucho. Algunos llevan también, en vez de ornamento, cueros de aves y pellejos de comadrejas y animales similares, divididos de tal manera, que la cabeza cubre la frente y la cola la cerviz; y lo llaman maniewelonco; por último, muy pocos llevan bonete, los que ellos mismos hacen grosso modo.

Del mismo modo las mujeres andan de cabeza desnuda y cabellos sueltos; sin embargo, en ciertos tiempos, los suben cuando están con la menstruación y esto hace indicio. Sin embargo, las mujeres chilenas que viven cerca de Castro se hacen trenzas y llevan rizos casi a la actual moda de nuestras mujeres; en Coquimbo y Loquimbo imitan el porte exterior de las mujeres peruanas, como que son las más vecinas; en las otras provincias de Chile, esto es inólito.

Vístense con paños que ellas mismas tejen de la lana de sus ovejas; pues pocas mujeres se encuentran que no sepan tejer y de tal manera usar las máquinas; pero los más grandes de los paños que tejen, apenas son más largos que cuatro o cinco varas de las nuestras (2). Los varones toman una porción cuadrada de este paño, aproximadamente

(2) 1 vara = 60 cm aproximadamente. (N. del T.).



La representación más antigua de indios araucanos que se conoce. Fué publicada por Marcgravius en 1648.

de 2½ varas de largo (poco más o menos) y de 1 ó 1½ vara de ancho, en cuyo medio hacen una abertura alargada, por la cual meten la cabeza. Bajo este vestido parecido a una túnica, de acuerdo con el rigor del frío, dos o tres veces doblado, tienen el cuerpo desnudo, sin camisa o camiseta, con un pantalón del ombligo a las rodillas, casi a la usanza europea. Este paño casi siempre es de diversos colores, blanco, rojo, azul, amarillo y estriado en los bordes como una manta española. Por lo demás, andan descalzos, excepto algunos que en días festivos llevan sandalias bastante bien hechas y adornadas con cuadrados blancos y negros. Pero casi ignoran el uso de los zapatos.

Las mujeres que viven cerca de Chiluen y que casi imitan las costumbres de las peruanas, llevan un vestido casi parecido, que en su parte posterior cae hasta los talones, cosido en los lados, abierto hacia el pecho; sobre los hombros atan las dos puntas con grandes prendedores que tienen cabezas anchas, casi con la circunferencia de un doble "stüber" (3); estos prendedores son de cobre o estaño, según la fortuna de ellas. Atan esta toga por debajo con una cinta, por lo demás andan descalzas. Las demás mujeres indígenas chilenas no llevan el vestido así, sino visten sólo un paño cuadrado que rodea el cuerpo por debajo de los senos y que cae hasta las pantorrillas. El vestido superior es otro paño un poco más largo y sobre los brazos está atado por sus ángulos. Este es el ropaje común de ellas, pero si verdaderamente desean agradar a sus maridos y vestir un poco mejor, llevan perlas de vidrio alrededor del cuello y aros en las orejas, y nada más. El vestido y la traza de los dos sexos pueden verse en las figuras que insertamos aquí (4).

A todos los indígenas chilenos les gusta mucho la limpieza; por esto todos los días, tanto varones como mujeres, se lavan en la mañana aún con frío riguroso.

(3) Moneda holandesa. 20 stüber = 1 gulden. (N. del T.).

(4) El presente retrato de mapuches es el más antiguo que se conoce en la literatura. (N. del T.).

Cap. II

Acerca de las casas, muebles, agricultura, alimentación y casamientos de los indígenas chilenos.

Sus domicilios son chozas o casas humildes, de las que tanto los lados o paredes como los techos están contruídos de paja, juncos o cañas; están dispersas aquí y allá, pues no habitan ni en ciudades ni en aldeas, sino por vecindades y, por lo tanto, las familias y las parentelas se juntan en un solo lugar; y por su nombre español se llaman "partialidades", ya que están relacionados con un jefe, o como ellos lo llaman, curaca, por el que esta comunidad es dirigida.

Sus muebles son pobres y escasos, naturalmente; dos o tres cántaros en que toman su bebida, la que llaman chicha; además, un vaso de cuerno con que beben; dos o tres tinajas de madera; la piedra sobre la cual muelen su harina; una y otra silla de madera. Pero los más ricos tienen algunos cueros de oveja, los que extienden sobre el suelo cuando son visitados por más poderosos.

Viven sin preocupación alguna, no siembran ni plantan más que cuanto necesitan para el próximo año; pues, sus riquezas consisten en animales de los que, sin embargo, tampoco tienen gran cantidad.

La siembra la hacen de este modo: al comienzo de octubre las familias de una parcialidad, diez, veinte más o menos y en trabajo común, los hombres uno y otro día cavan la tierra o también la aran y echan la semilla; terminadas estas obras, dejan a las mujeres el resto del cultivo y ellos mismos no mueven más sus manos. Generalmente de la mañana hasta la tarde, comen y beben cuando están en casa; si salen de viaje, naturalmente a alguna reunión o expedición bélica, solamente dos veces por día se sirven comida, la que aun se guarda en casa por unos pocos que son más frugales. Raramente toman agua sola, sino la mezclan generalmente con harina de cebada, trigo o cierta especie de cereal que llaman teca (la describimos en el libro XII Descr. Int. Occident., cap. II) (5) y así la toman junto; en verdad, los días de fiesta y para darse un gusto, toman cierta bebida que llaman chicha que tiene color y sabor de

(5) No se ha podido identificar exactamente este cereal cultivado por los indios chilenos. Según Latcham (La agricultura precolombiana en Chile y los países vecinos, Santiago, 1936) trata-se de una especie de *Hordeum*, (N. de. T.).

leche un poco ácida; se hace de maíz molido y transformado en una masa parecida al pan. Esta masa es masticada por las viejas (como entre los brasileños), de modo que sale blanda y diluída, parecida al puré o suero de leche, en seguida entremezclan alguna cantidad de agua y la dejan fermentar hasta que se aconche. Con esta bebida se embriagan; hacen también bebida de varias frutas, a la cual entremezclan tanta agua, que representa casi una cerveza delgada. En verdad, la mejor bebida la confeccionan de cierta fruta que los españoles llaman frutillo; creo que es fruta del árbol molle o myrtilla, que llaman vani (véase nuestro libro citado más arriba), que es rubicunda y fuerte como el vino, aproximándose algo al vino de la isla Madera, del que se hace también óptimo vinagre.

Reciben tantas esposas cuantas pueden sustentar, pues los más ricos tienen varias, ya que las compran a los padres, de donde entre ellos corre el proverbio que se hacen más ricos los que tienen más hijas. En la elección de esposa, no toman tanto en consideración belleza u origen, como fuerza y aplicación en el sustentamiento de la familia, aunque tampoco desprecian la belleza y la nobleza de las doncellas.

El que quiere casarse no habla con la doncella, sino sólo con sus propios parientes, implorando su ayuda; pues, el hijo de familia no tiene fortuna propia con que la compre, sino es ayudado por los amigos, de los que uno da una oveja, otro un cerdo, un tercero una vaca y así sucesivamente. Si ya tiene listo lo que estima suficiente, se dirige al padre de la doncella y le manifiesta su deseo; pero si es ulmen o de alguna otra dignidad, aun es necesario que tenga preparado algún collar de turcoïdes o láminas de plata (pues aprecian más la plata que el oro) que el padre de la doncella coloca alrededor de la cabeza o del cuello y entonces se conviene en el precio restante, el que varía según la situación diversa de los contrayentes y a veces se estima en diez, a veces veinte, a veces veinticinco, cincuenta y hasta en cien pagos; cada uno de los pagos consiste en una oveja o un caballo o una vaca o un cerdo o también cuatro cántaros de chicha, finalmente, una toga y gallina y así sucesivamente. Si el padre de la doncella y el pretendiente así convienen en el precio, el comprador paga el precio y el padre conduce a la doncella vendida a la casa del novio. Se prepara el banquete nupcial, en cuanto a la comida por el novio, en

cuanto a la bebida por el suegro, el que distribuye la mitad del precio entre sus parientes consanguíneos, para que ellos ayuden a conseguir chicha. Algunos días después de esta unión, los parientes visitan a la vendida y son recibidos por el marido con un banquete y cantan en honor de Marua-peante, principalmente si notan que ella es querida por el cónyuge.

Y acontece a veces que si notan que ella es tratada más duramente de lo justo, separan por la fuerza a la esposa del marido, sin compensar el precio pagado por ella y la encomiendan a otro. Aunque los maridos se atribuyen por común, el derecho sobre vida y muerte de las esposas, como también de los esclavos, de lo que es fácil notar qué firmes son los vínculos conyugales por parte del marido, tampoco es lícito a ellos abandonarla o venderla a otro, solamente repudiarla si se porta mal; sin embargo, algunas veces puede acontecer que la expulse sin causa justificada, pero entonces debe temer la enemistad y la venganza de los parientes consanguíneos, si la cónyuge tiene parientes un poco más poderosos. No obstante, muchas esposas son abandonadas por sus maridos a la fuerza y por cierto sin sanción.

Los hombres un poco más ricos construyen a las diversas esposas una casa individual. Si hay deseo de tener relaciones con alguna de ellas, le manda decir que lo espere; lo que a veces se hace un poco a escondidas por la envidia de las otras. Sin embargo, usa su derecho y con la más querida se reúne; las demás las tiene casi en lugar de esclavas, que están obligadas, tanto a cosechar como a cumplir con las tareas domésticas, porque los varones, como se ha dicho anteriormente, sólo hacen la siembra.

Cuando alguna esposa ha dado a luz, se hace una fiesta y una oveja de aquella tierra (6), que por ellos es llamada chiluaque, se mata y a la parida se da a comer la carne, para que de nuevo adquiera fuerzas, aunque las mujeres aquí se lavan inmediatamente después del parto con agua fría y vuelven a sus quehaceres domésticos. Los españoles afirman que también sus esposas se endurecen del mismo modo por el aire y se hacen más robustas para dar a luz muy fácilmente.

Todos los indígenas chilenos son muy celosos, de modo que si algún forastero los visita y una mujer tan sólo los mira, debe ser azotada; pero si las pillan en adulterio con

(6) Llama (N. del T.).

otros, sin juicio público alguno, las matan; por esto, no obstante, viven más castamente y no raras veces los hombres deben disimular mucho.

A las viudas por cierto, es lícito entrar a un segundo matrimonio; aun más honrado se estima si las que tienen hijos se quedan sin casarse y vuelven a los parientes o a los consanguíneos. Pero si no tienen hijos, se consideran como parte del peculio del marido y pasan con los demás bienes a los herederos.

Cap. III

Acerca del sentimiento religioso de los indígenas chilenos y del culto de la divinidad.

Los indígenas chilenos ni conocen a Dios, ni su culto, no observan ninguna diferencia entre los días, ni creen por lo menos en la resurrección de los muertos, sino estiman que después de la muerte nada del hombre subsiste. Sin embargo, conocen el diablo, por lo menos como adversario del bien, y como estiman esta vida el supremo bien entre todos los que disfrutan, vulgarmente dicen cuando uno entre ellos ha muerto, que fué arrebatado por el diablo, al que ellos en su idioma llaman Alverey.

Por lo demás, cuando alguien ha muerto es deplorado por los parientes y amigos; conservan los cadáveres largo tiempo insepultos, a veces dos, tres o más meses; los colocan sobre hierbas fragantes y los cubren con ellas para que el olor no incomode; pero cuando quieren darles sepultura, convocan a los amigos con tres días de anticipación y después de matar a una oveja de aquella tierra, se banquetean y ponen alguna parte de ella con un cántaro de chicha junto a la cabeza de aquél; y así, por último, depositan el cadáver en la tierra cerca de la casa que habitaba.

No obstante, parecen tener alguna noción de una suprema esencia y alguna divinidad, por la que todas las cosas terrenales y también las acciones humanas son gobernadas y dirigidas, cuya esencia, sin embargo, no comprenden; algunos de ellos creen en un espíritu que llaman Pillán y en sus banquetes principalmente lo veneran y celebran y le brindan canciones con gesto extraño y gritos. Pero máxime lo adoran cuando truena y toman una flecha o también un hacha de piedra semejante a una cuña y la clavan en la

tierra y los circunstantes vociferan y cantan que Pillán pierda a sus enemigos; pues la palabra Pillán significa para ellos también trueno y reconocen al trueno como divinidad, porque, cuando están más alegres y comen y entre tanto truena, dejan todo y corren a las armas, pues creen que el trueno les advierte que los españoles, sus enemigos, están presentes, y afirman que experimentan siempre esto.

Además, a todos los hombres fuertes y sobresalientes como también a los primeros en el consejo y a los valientes, los llaman Pillán, atribuyéndoles virtudes divinas.

Cuando gozan del humo del tabaco lo que aun a ellos es familiar, con ciertas ceremonias raras lo exhalan al aire diciendo: acepta esto Pillán, con algunos otros sermones, los que los nuestros no pudieron comprender de manera alguna, pero de este modo parecen sacrificar a la divinidad.

Cuando consiguen alguna victoria sobre sus enemigos, entonces celebran una fiesta, no sin borrachera y (como ya dijimos respecto al trueno) clavan un hacha de piedra en la tierra y la rodean con sus armas y cantan canciones de victoria, las que llaman pawari en honor de Pillán. Del mismo modo, cuando destinan al sacrificio a algún enemigo tomado preso, lo matan durante el banquete (pues también a él permiten comer con ellos y cantar) con un hacha o clava en la cabeza, de modo que cae y le sacan el corazón del pecho y clavan sus dientes al corazón sangriento, cantando y vociferando a Pillán, como antes.

También castigan con la muerte a los homicidas y famosos ladrones o rateros, los traidores y semejantes, con iguales ceremonias con que a los enemigos presos. En verdad, hacen esto entre ellos mismos con la aceptación de las personas, pues los que tienen amigos poderosos o pueden regalar muchísima chicha, fácilmente eluden los castigos; salvo si alguien es reo convicto de envenenamiento o encantamiento, a esos sin misericordia alguna o disimulación, los queman vivos y los reducen a ceniza junto con todas las cosas que poseen, pues a ninguno es permitido retener algo de aquél, pues temen que algo del encantamiento quede latente en ellas.

No tienen sacerdotes ni otros ministros que sacrifiquen a Pillán, tampoco hechiceros; sólo estiman mucho a los que saben hacer bien la comedia con Pillán y celebrar aquellas ceremonias y cantar bien el pawary.

Además, adoran otro espíritu o divinidad falsa, que llaman Maruapoante, que les indica de preferencia cuándo

deben casarse o tener relaciones con sus esposas; pues creen que ellas seguramente se embarazan cuando Maruapoante les ordena tener relaciones con ellas. Pero si los interrogas cómo conversan con este demonio o de qué modo son advertidos por él, contestan que esto se hace por inspiración o en los sueños cuando anteriormente cantaran a él e hicieran una ofrenda al genio. Y en estas dos divinidades consiste toda la superstición de ellos.

Cap. IV

Acerca del régimen político y armas de los indígenas chilenos.

El gobierno de ellos está en manos de los principales, los que ellos llaman ulmenes o cuando es uno solo pulmen. Y quienes en otras partes se llaman vulgarmente casiques, por ellos se denominan curacas, pues, casique es un nombre trasplantado por los españoles de las islas de América.

Así hay muchísimos ulmenes y curacas entre ellos que presiden a veinticinco, a veces cincuenta y lo más cien o muchas familias, cuyo gobierno principalmente consiste en la administración de la guerra o en asambleas generales, cuando es necesario deliberar sobre cosas de gran importancia, pues ellos convocan las asambleas, pero no pueden exigir algún tributo a ellos, o imponer otra carga, excepto si suma necesidad lo exige; sólo pueden ordenar que marchen contra los enemigos. En este caso están obligados a ir adelante; los restantes, en cambio, se agregan al general, al que llaman apocuraca o al gobernador de aquella comunidad, al que llaman nentoque, y a ése obedecen en todo.

Pero a estos generales o jefes no les está permitido deliberar en particular con cualquiera acerca de cosas públicas, sino es necesario que haya consejo públicamente y al aire libre, con la asistencia de todo el pueblo para alejar toda sospecha.

Esta dignidad de curaca o cargo de jefe inferior, sucede de los padres a los hijos; pero si no dejan hijos, a los próximos consanguíneos o emparentados.

Si los herederos no son suficientemente aptos, entonces aquella dignidad o cargo, a veces es arrebatada por los más astutos. Las demás personas más eminentes son elegidas por los curacas o ulmenes, naturalmente los generales

o gobernadores; pero si no tienen ningún general, los jefes de las diversas comunidades se portan como tales.

La elección de un nentoque o jefe de alguna comunidad se efectúa de este modo: si el cargo está vacante, el que está preocupado en pretender a esta dignidad, primero examina sus facultades o recursos; pues es necesario alcanzar el favor de los principales y recibirlos con un banquete solemne. Una vez las cosas debidamente preparadas, convoca a todos los curacas y ulmenes de la comunidad al lugar público destinado para aquel acto. Si ellos han concurrido en gran número con sus armas, les dirige la palabra alabando su familia, su fortuna, sus amigos, sus hazañas y otras cosas que estima convenientes y pide se le subrogue en el lugar del difunto. En seguida uno de los curacas o ulmenes comienza un discurso (el candidato inmediatamente le coloca alrededor del cuello un collar compuesto de turcoides o ciertas conchas blancas, pulidas, las que estiman como oro) y recomienda al candidato y mueve a los demás a elegirlo y obedecerle sin condición alguna ni estipulación previa. El electo en cambio promete que hará todo fielmente por la salvación común y desempeñará su cargo con diligencia. En seguida aquel orador reparte entre los demás principales, el collar aceptado del candidato; finalmente, todo el acto termina con un banquete prolijo y espléndido.

Del mismo modo eligen al apocuraca, o sea, el jefe supremo; sin embargo, los ucaes ya hace mucho tiempo no lo tuvieron.

Sus armas son lanzas o picas aguzadas con el fragmento de cualquiera espada vieja; estas lanzas a lo sumo tienen la longitud de dos de las nuestras corrientes. Usan también clavos hechas ásperas por el fierro. Además, se ven entre ellos, muchas espadas españolas que llevan desnudas porque las vainas ya hace tiempo se pudrieron. A la costumbre y usanza de sus antepasados usan igualmente arcos y flechas aguzadas con algunas piedrecitas y mojadas con veneno muy mortal; pero esto no es común a todos, sino principalmente a los que se llaman pulches (7). Estos por su origen se consideran chilenos, aunque viven al oriente, detrás de los cordones de aquellas montañas que por los españoles son llamadas "la Cordillera", acerca de los que tratamos en la "Descriptio Indiae Occidentalis" cuando hablamos sobre el Perú.

(7). Quiere decir puelches. (N. del T.).

Fabrican cascos y corazas de cuero sin curtir de la espalda de vacas, sumamente gruesos y duros, de modo que no se pueden penetrar por espadas.

Son óptimos jinetes y pueden usar aquellas lanzas bastante hábilmente aún a caballo; no son tan buenos a pie, puesto que ignoran hacer uso de los mosquetes y los temen harto. En la guerra generalmente atacan por celadas, en las que son muy entendidos. Cruelísimos son con los vencidos y matan a todos, les sacan el corazón y todavía palpitando, lo despedazan con los dientes, como dijimos anteriormente de los cautivos que matan.

Entran en alianza y las establecen de este modo: quien invita a otro principal o jefe de una comunidad a una alianza y unión de armas, le manda una flecha por medio de uno de los suyos (o la lleva también él mismo), la que el invitado si consiente, toca con la mano derecha y se obliga en lugar de juramento, y éste es el principal vínculo de fidelidad entre ellos.

De la misma manera como no saben leer ni escribir, si quieren comunicar a otro algo que se refiere a guerra u otra cosa pública, por intermedio de algún fiel servidor le envían una flecha, a la que está ligada una cinta, señal de la compañía de armas, la que aquél a que se le manda, recibe con la mano derecha y si a su vez quiere comunicar algo, añade otra cinta y así remite la misma flecha. Pero si es necesario advertir, además, a otros, guarda primero la flecha con la cinta y cuida que sea llevada, con el mismo fin, por los suyos a sus demás aliados.